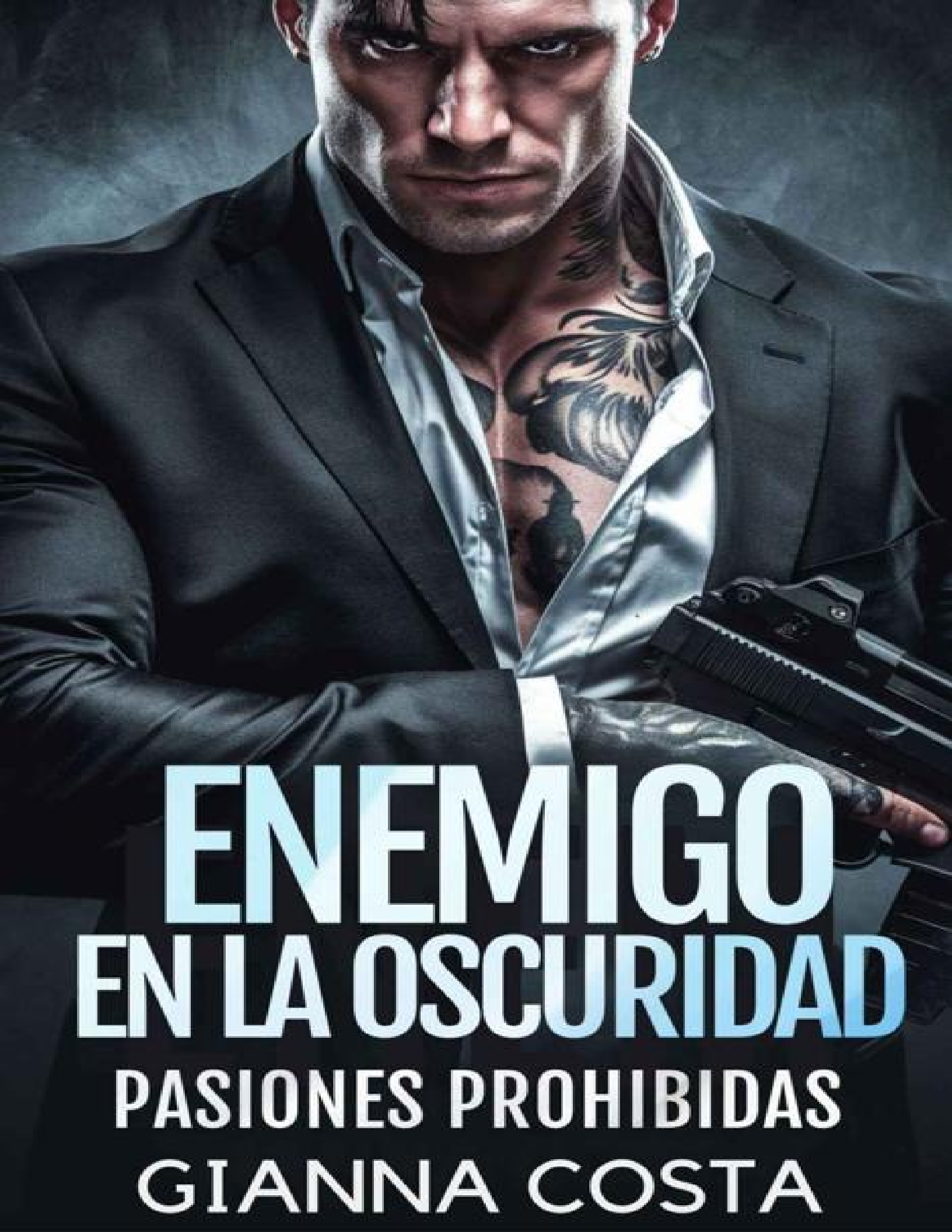

ENEMIGO EN LA OSCURIDAD

PASIONES PROHIBIDAS

GIANNA COSTA

ENEMIGO
EN LA OSCURIDAD

Pasiones Prohibidas

GIANNA COSTA

Derechos de autor@2024 Gianna Costa

OBRA REGISTRADA

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una

coincidencia y no algo intencionado por parte del autor

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada

en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma

o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabaciones o

de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del escritor.

Lista de correo
Suscríbase a nuestra lista de correo para que recibas noticias de nuestro proximos lanzamiento
link Aqui

Prologo

El disparo atravesó la niebla de Chicago como un relámpago mudo, desgarrando el aire gélido de noviembre. En el callejón junto al río Michigan, donde los rascacielos alargaban sus sombras como centinelas inmóviles, la sangre se mezclaba con el agua de lluvia, dibujando figuras oscuras sobre el asfalto resquebrajado. El asesino, una silueta perdida entre las muchas que poblaban la ciudad, desapareció antes de que el eco del disparo terminara de extinguirse entre las paredes de ladrillo corroído. Así comenzaban siempre las guerras en Chicago: sin gritos.

Las sirenas se alzaron a lo lejos, un lamento que llegaba tarde, como un réquiem demasiado conocido en las calles de una urbe experta en mirar hacia otro lado.

Cincuenta y dos pisos por encima del crimen, detrás del cristal blindado de su oficina en el distrito financiero, Valeria Martínez contemplaba el skyline de Chicago. Su reflejo en la ventana, desdibujado por la persistente lluvia, le devolvía la mirada de una extraña: cabello negro perfectamente recogido, un traje sastre impecable, ojos cargados de secretos que pesaban más de lo que deberían para sus treinta y dos años. "Brillante", decían los socios del bufete. "Prometedora", murmuraban en los pasillos de los juzgados. Pero nadie veía las noches en vela revisando expedientes olvidados, ni esa ambición insaciable que le ardía en el pecho. Tampoco esa constante sensación de que el destino —o tal vez la ciudad misma— le debía respuestas que nadie parecía dispuesto a ofrecer.

Sobre el escritorio de nogal pulido, un nuevo expediente anodino esperaba como una burla silenciosa. Graduada con honores en Yale y, sin embargo, atrapada en casos que apenas rozaban la superficie de la verdadera Chicago. La lluvia golpeaba el vidrio con más fuerza, como si intentara advertirle de lo que estaba por venir.

El teléfono vibró, iluminando la penumbra con un resplandor azul que cortaba la oscuridad como un bisturí. El nombre de *Enzo Ricci* parpadeó en la pantalla: un presagio digital.

—Necesito verte ahora —dijo la voz de su mentor, tensa, desprovista de su habitual sarcasmo italiano—. Es sobre Luca Romano.

El apellido heló su sangre. *Romano*. Incluso en los círculos más exclusivos y elitistas de Chicago, ese nombre se susurraba con una mezcla de respeto y terror.

—Enzo, ¿qué está...? —empezó a preguntar.

—No por teléfono —la interrumpió, brusco, como nunca antes—. Mi oficina. Treinta minutos. —Hizo una pausa cargada de significado—. Y, Valeria... ven sola.

La llamada terminó, dejando tras de sí el sonido de la lluvia y el peso de una decisión que, aunque aún no lo sabía, cambiaría el curso de su vida para siempre.

En las calles, las luces de los automóviles dibujaban caminos dorados sobre el asfalto

empapado, como hilos de un destino que comenzaba a tejerse. Chicago guardaba sus secretos con celo, y esa noche estaba lista para compartir uno con Valeria Martínez.

El despacho de Enzo Ricci era un monumento a cuatro décadas surcando las turbias aguas legales de Chicago. La tenue luz ámbar de una lámpara Tiffany luchaba contra las sombras, creando refugios oscuros entre las estanterías de roble. El aire olía a cuero envejecido y tabaco cubano, un rastro de conversaciones enterradas y secretos sellados.

Enzo apagó su cigarro en un cenicero de cristal tallado. El humo se alzó lentamente, como los fantasmas de casos olvidados. Sus ojos, cansados de décadas viendo lo peor de Chicago, se clavaron en Valeria.

—Tu padre habría tomado este caso —dijo sin rodeos, tocando un nervio que sabía que dolería—. Él entendía que algunas batallas merecen pelearse, incluso sabiendo que puedes perder.

Valeria apretó los puños. Su padre, el juez Martínez, había muerto hacía cinco años en circunstancias nunca aclaradas. Otro “accidente” en las calles de Chicago.

—No metas a mi padre en esto, Enzo.

—Todo ya está mezclado, niña —replicó mientras se acercaba a la ventana. La observó detenidamente antes de continuar—. Luca Romano necesita un abogado. Quiere que seas tú.

—¿Por qué yo?

—Porque eres la mejor. —Hizo una pausa y añadió—: Y porque eres limpia. Sin vínculos con el Outfit, sin esqueletos en el armario. Al menos, todavía.

Enzo señaló hacia la calle, donde un automóvil negro permanecía estacionado con el motor en marcha.

—Ya están observando —murmuró—. Y aún no aceptas el caso.

Volvió al escritorio y colocó un sobre manila sobre la madera pulida.

—Aquí no solo hay evidencia. Esto es dinamita pura, Valeria. La clase de verdad que derriba imperios... y abogados.

Valeria tomó el sobre y lo abrió. Los documentos revelaban una red de conexiones que se extendía mucho más allá de Luca Romano, tocando las entrañas del Chicago Outfit. Entre los nombres, uno que hizo que su corazón se detuviera: Martínez.

—Santo Dios...

—Si decides aceptar —dijo Enzo, inclinándose hacia ella—, mantén los ojos abiertos y la boca cerrada. Recuerda: los Romano no son el verdadero enemigo en esta historia.

—Entonces, ¿quién lo es?

Enzo encendió otro cigarro y, con una sonrisa amarga, respondió:

—Esa es la pregunta que podría matarte. O darte las respuestas que buscas sobre tu padre.

Cuando Valeria salió de la oficina, con el sobre pesando en su bolso como un bloque de plomo, las luces de Chicago parpadeaban como advertencias silenciosas. La niebla se había espesado, envolviendo los rascacielos en un halo fantasmal. En algún lugar de la ciudad, alguien más moría, y ella acababa de entrar en un juego cuyas reglas estaban escritas con sangre.

El auto negro la siguió durante todo el trayecto a casa.

Capítulo 1: La Defensora

"Siempre creí que podía mantenerme al margen de las sombras en este mundo. Pero hoy, esas mismas sombras me han alcanzado, envolviéndome como un manto del que no puedo escapar.

El reloj marcaba las 3:45 p.m. cuando volví a sumergirme en el expediente Romano. La oficina de **Valeria Martínez & Asociados**, situada en la esquina de un edificio de ladrillo gris y acero, se alzaba como un vestigio de otra época en medio del vértigo del Distrito Financiero de Chicago. Afuera, el rugido de los autos y el murmullo de las multitudes apenas lograban atravesar los muros de ladrillo gris y acero, aislándonos en nuestro propio microcosmos. Rodeado por los gigantes de cristal —la Torre Willis y los rascacielos bordeando el río—, nuestro edificio era un vestigio de una era en la que los acuerdos se sellaban con apretones de manos, no con firmas digitales.

Deslicé un dedo sobre la fotografía en el expediente, como si al tocarla pudiera convocar el pasado. Una ola de recuerdos me arrastró de vuelta a aquella noche en el Tuscany's, el restaurante más exclusivo de la ciudad. Todo en el ambiente parecía diseñado para seducir: las luces tenues proyectaban sombras cálidas sobre las paredes de ladrillo, las conversaciones en voz baja fluían como un murmullo íntimo, y el tintineo de copas de cristal marcaba un ritmo lento, hipnótico.

Elena y yo celebrábamos el cierre exitoso de un caso, riendo con una botella de vino que sabía a triunfo. Pero entonces *él* apareció, y el mundo pareció detenerse.

—Espero que la estén pasando bien.

Su voz… profunda, envolvente, y cargada de una promesa que no entendí en ese momento, llenó cada rincón del restaurante antes de que siquiera lo veía. El aire cambió, impregnado de un aroma exquisito a mandarina y sándalo que se deslizó sobre mi piel como una caricia invisible. Cuando levanté la vista, mis ojos encontraron su figura, y el resto del lugar desapareció.

Luca Romano, el nombre ya lo conocía, un susurro en círculos de poder y dinero: heredero del imperio gastronómico más importante de Chicago. Pero el hombre frente a mí no era solo una figura pública. Era una tormenta contenida en un traje impecable. Su cabello negro, salpicado de canas que parecían colocadas con precisión para acentuar su magnetismo, enmarcaba un rostro tallado con rasgos que rozaban lo cruelmente perfecto.

Pero fueron sus ojos lo que me atraparon. Grises como el acero, pero llenos de tormentas, de secretos y pecados, me desarmaron en un instante. Era como si su mirada pudiera desnudarme, arrancarme capa por capa hasta exponer todo lo que intentaba ocultar, y aun así, me hizo querer quedarme bajo esa intensidad peligrosa.

Mis sentidos estaban en llamas. Cada movimiento suyo parecía calculado para provocar una reacción visceral. La forma en que sus dedos tatuados rozaron la mesa al dejar su tarjeta de presentación me hizo imaginar cosas que no debería. Dibujos negros que se extendían desde sus muñecas hasta su cuello, asomando por el borde de su camisa perfectamente abotonada, como si llevara consigo un mapa de secretos que solo unos pocos tenían el privilegio de leer.

—Luca Romano —se presentó con una leve inclinación, sus palabras resonando como un susurro contra mi piel.

No pude responder de inmediato. Mi mente luchaba por mantenerse en el presente, mientras mi cuerpo se rendía a la atracción que emanaba de él como una ola imparable. Había algo en él que era peligroso y fascinante a partes iguales, un fuego que te advertía que te quemarías, pero aun así no podías evitar acercarte.

Cuando estreché su mano, un roce breve, pero cargado de electricidad, sentí un calor que se extendió por mi columna y se alojó en un lugar que preferí ignorar. Su sonrisa, apenas un movimiento en sus labios, era una mezcla de desafío y tentación.

—Estoy segura de que lo haremos ahora —respondí, sorprendiéndome a mí misma por la firmeza en mi tono.

El encuentro terminó con su retirada, pero no sin antes dejar su marca. Cuando finalmente se marchó, sentí que el aire regresaba al restaurante, como si todo el lugar hubiera contenido la respiración mientras él estaba allí.

Ahora, mirando su fotografía en el expediente frente a mí, aquel momento en el Tuscany’s adquiría un matiz mucho más siniestro. El hombre que me había hecho sentir un deseo que nunca antes había experimentado no era solo un heredero carismático.

El artículo del *Chicago Tribune* que acompañaba la imagen relataba su ascenso con una mezcla de admiración y cautela: *"El Imperio Romano: La Nueva Generación Toma el Control"*. Pero no era la noticia lo que hacía que mi corazón latiera con fuerza. Era la nota manuscrita en un papel color crema, delicada pero cargada de un peso inquietante:

"Solo confío en usted, Srta. Martínez. L.R."

Sentí una oleada de calor recorrer mi cuerpo. No sabía si era el recuerdo de su voz, su aroma o la manera en que su mirada parecía devorarme sin siquiera tocarme. Pero lo que sí sabía era que Luca Romano no era un hombre que confiara a la ligera. Y yo estaba a punto de descubrir qué significaba ser el objeto de su confianza… o su obsesión.

Las acusaciones eran devastadoras: lavado de dinero a través de su red de restaurantes, con transacciones superiores a los 50 millones de dólares en dos años. ¿Era esto lo que se ocultaba tras aquella sonrisa magnética que me había dedicado en el Tuscany's? ¿Tras esa mano que, al estrechar la mía, había enviado una corriente eléctrica por todo mi cuerpo?

Marcus, el fiscal veterano de la oficina contigua, me había advertido esta mañana:
—Ten cuidado con ese caso, Val. La última abogada que tocó algo relacionado con Los Romano desapareció hace seis meses. Oficialmente, se mudó a Seattle.

Su mirada había dejado claro que no creía en mudanzas casuales.

Mi teléfono vibró con un mensaje de Elena:
"Los federales están ampliando la investigación. Hay algo más grande detrás de esto, Val. Ten cuidado."

Entre los documentos, un nombre comenzó a destacar: **Serena Caracci**.

El sonido de tacones sobre el parqué me arrancó de mis pensamientos. La puerta se abrió sin anuncio previo, y el aire en la habitación pareció condensarse. La mujer que entró emanaba poder como un perfume caro.

—Señorita Martínez —su voz flotó como seda venenosa—. Me preguntaba cuánto

tardaría en encontrar mi nombre en sus expedientes.

Mi mano tembló ligeramente al dejar la taza de café. La reconocí de inmediato; la había visto aquella noche en el Tuscany's, sentada en una mesa privada, observando a Luca mientras él conversaba con nosotras. En ese momento no le había dado importancia, pero ahora...

Serena se deslizó hacia mi escritorio con elegancia felina. Su traje negro impecable y su cabello recogido en un moño severo acentuaban la estructura afilada de sus pómulos. Sus ojos color whisky me estudiaron con calculada intensidad.

—Señora Caracci —mantuve mi voz firme—. No recuerdo haber programado una reunión.

—Oh, esto no es una reunión —sonrió, sentándose sin invitación—. Es una cortesía profesional. ¿Sabe? Siempre me ha intrigado cómo Luca la eligió esa noche. Tan... calculado.

Mi corazón se detuvo por un instante.

¿Elegida? La palabra resonó en mi mente con un eco que no podía ignorar. Cada interacción, cada mirada, cada sonrisa de Luca… ¿Habían sido calculadas? La idea de haber sido parte de un plan cuidadosamente trazado me llenaba de rabia, pero también de algo más: una peligrosa mezcla de curiosidad y miedo.

—¿Qué quiere decir?

—Vamos, querida. ¿De verdad cree que fue coincidencia? —sus labios, perfectamente pintados, se curvaron en una sonrisa conocedora—. Luca nunca deja nada al azar. Cada movimiento, cada encuentro... todo es parte de un plan mayor.

El calor subió a mis mejillas, pero no de vergüenza, sino de rabia. ¿Había sido solo una pieza más en el tablero de Luca? ¿Cuánto de lo que creí real había sido una mentira? Mi corazón latía con fuerza, pero no me permití mostrar debilidad. No frente a ella."

—Si está aquí para amenazarme...

—¿Amenazarla? —su risa resonó como cristal rompiéndose—. No, querida. Estoy aquí para advertirle. El caso Romano no es lo que parece. Hay fuerzas en movimiento que ni siquiera puede imaginar.

El nudo en mi estómago se apretó. Recordé la intensidad de aquellos ojos grises estudiándome durante la cena, como si hubiera estado evaluándome incluso entonces. ¿Había sido ese encuentro casual realmente planeado? ¿Era yo parte de un esquema mayor que apenas comenzaba a vislumbrar?

Me mantuve en silencio mientras el peso de sus palabras se asentaba. La imagen del Tuscany's, aquella noche que parecía tan casual, se distorsionaba con cada segundo.

Serena se levantó, con la misma gracia con que había entrado, dejando a su paso un perfume de jazmín.
—Piénselo, Valeria. Todavía está a tiempo de elegir un camino diferente.

Y entonces, al mirarme directamente a los ojos, susurró con firmeza:
—No podrá conmigo. Y si piensa proteger a Luca, le aseguro que será la primera en caer.

Una hora después, estaba en el Caffé Bella Vita, nuestro refugio habitual. Elena ya estaba allí, con una carpeta manila sobre la mesa gastada.

—¿Recuerdas cuando lo conocimos en el Tuscany's? —preguntó Elena, sus ojos grises estudiándome —. Debí haberlo notado entonces. La forma en que te miraba... como si ya te hubiera elegido.

—Todo fue calculado —murmuré, la realidad golpeándome con fuerza.

Elena deslizó la carpeta hacia mí.
—Esto llegó esta mañana: registros que vinculan a los Romano con tres homicidios sin resolver.

El aroma a café recién hecho llenaba el pequeño espacio, pero no lograba calmarme. Mis manos temblaban ligeramente al sostener los papeles que Elena había traído. Cada página parecía pesar más que la anterior, como si contuvieran no solo información, sino advertencias. Mi mente volvía una y otra vez a esa noche, a sus ojos grises, al roce de su mano. Todo había sido una elaborada puesta en escena.

—Somos peones, Val —Elena se inclinó hacia adelante—. La pregunta es: ¿estás dispuesta a sacrificarte por una partida que no puedes ganar?

El sol poniente proyectaba sombras alargadas a través de las ventanas del café, tiñendo Chicago de tonos sangrientos. Saqué la fotografía de Luca que había deslizado en mi bolso. Sus ojos grises seguían ejerciendo la misma fascinación, pero ahora teñida de un peligroso conocimiento.

—No puedo abandonar el caso —mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. Hay algo más grande aquí, Elena. Está mi padre de por medio, él investigaba algo cuando apareció muerto Y tal vez... tal vez fui elegida por una razón.

Elena tomó mi mano con la suya.
—Prométeme que serás cautelosa. Que recordarás que algunos secretos están enterrados por una razón.

Asentí, aunque ambas sabíamos que era una promesa que podría no sobrevivir a la noche.

Mi padre siempre decía que la verdad era como un cuchillo: podía herir, pero también podía salvarte. Sin embargo, la verdad que él buscaba lo había llevado a la muerte, y ahora, esa misma verdad parecía estar esperando por mí, afilando su hoja. Y mientras las sombras

de la noche caían sobre Chicago, supe que esas mismas sombras estaban ahí para mí.

Capítulo 2: El Heredero Reluctante

El aroma a whisky añejo impregnaba la biblioteca privada de Los Romano, una habitación que parecía congelada en el tiempo. Estanterías de madera oscura cubrían las paredes, repletas de libros que apenas se habían abierto, excepto por las pocas novelas de historia que Luca hojeaba cuando quería escapar, aunque fuera por un instante, del peso de su realidad. Una lámpara verde de escritorio proyectaba una tenue luz sobre los documentos apilados frente a él. El ambiente era tan denso como su estado de ánimo.

Luca Romano no era ajeno al poder. Había nacido entre susurros de negocios turbios y cenas donde las miradas significaban más que las palabras. Pero ser el heredero de un imperio como el suyo nunca había sido su elección. A pesar de su apariencia impecable, de la chaqueta de traje que caía perfectamente sobre sus hombros y la corbata que parecía hecha a medida para su cuello, había una grieta en la armadura que pocos podían notar.

Aquella noche, sentado en ese trono de cuero marrón que le perteneció a su padre, Luca se sentía más atrapado que poderoso. Frente a él, un documento detallaba las transacciones financieras que habían puesto a su familia en la mira. Sabía que había demasiadas cosas fuera de lugar, movimientos que nunca autorizó, pero que llevaban su firma. Sus dedos tamborileaban sobre el escritorio, un tic que solo salía a relucir cuando sus pensamientos eran demasiado caóticos para procesarlos con claridad.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Antes de que pudiera responder, Serena Caracci entró sin esperar invitación, como si el lugar le perteneciera. Y, en cierto modo, así era.

—"No cambias, Luca," dijo Serena con una sonrisa ladeada mientras cerraba la puerta tras de sí. Sus tacones resonaban en el suelo de madera mientras se acercaba al escritorio, cada paso una declaración de poder.

Serena Caracci era un nombre que susurraban con respeto y temor en los círculos más oscuros del mundo criminal. Su influencia no solo abarcaba Europa, sino también América Latina, donde controlaba una red de tráfico de arte robado y antigüedades con precisión quirúrgica. Aunque oficialmente no tenía relación con la familia Romano, su conexión era más profunda de lo que muchos sabían. Serena y Luca compartían una historia que se remontaba a su adolescencia, un tiempo antes de que el peso del legado Romano recayera completamente sobre los hombros de Luca.

Luca no se levantó para recibirla. En cambio, apoyó los codos en el escritorio y entrelazó los dedos, observándola con una mezcla de desconfianza y curiosidad.

—"Serena," dijo finalmente, su tono neutro, "no esperaba verte aquí."

Ella dejó su bolso sobre una silla cercana y se inclinó ligeramente sobre el escritorio, invadiendo su espacio personal.

—"Alessandro me llamó. Parece que tu hermano menor ha vuelto a jugar con fuego. Y

como siempre, me toca a mí apagar el incendio."

Luca resopló, su mandíbula apretándose.

—"Alessandro no tiene derecho a involucrarte. Esto es un asunto de la familia."

Serena arqueó una ceja y se enderezó, cruzando los brazos sobre el pecho.

—"¿Familia? Vamos, Luca. Sabes tan bien como yo que en este mundo, 'familia' es solo otra palabra para 'lealtad comprada'. Y yo soy cara, pero efectiva."

Mientras las palabras de Serena llenaban el espacio, la mente de Luca retrocedió a un verano hace más de una década. Tenía 18 años y acababa de regresar de un internado en Suiza, donde había aprendido más sobre tácticas de negociación y control emocional que sobre matemáticas. Fue entonces cuando conoció a Serena, quien ya era una joven promesa en los círculos criminales, a pesar de tener solo 20 años. Su padre, un socio cercano de Don Lorenzo Romano, la había traído a una reunión familiar en una villa en la Toscana.

—"¿Siempre eres tan aburrido, Luca?", le había preguntado Serena, con una copa de vino en la mano y un desafío en los ojos.

Luca, siempre el joven reservado, había intentado ignorarla, pero Serena no era alguien fácil de ignorar. Esa semana, entre carreras en coches deportivos y noches de conversación bajo las estrellas, Serena le mostró un mundo más allá del deber y la responsabilidad. Para Luca, ella representaba libertad; para Serena, él era un enigma que quería descifrar.

Pero su conexión no fue solo emocional. Serena había sido quien lo ayudó a entender las reglas no escritas del mundo criminal, enseñándole a navegar entre aliados y enemigos con astucia. Sin embargo, sus caminos divergieron cuando Serena eligió el lado más oscuro del negocio, mientras Luca intentaba mantener una fachada de legalidad para proteger a su familia.

—"¿Por qué estás realmente aquí, Serena?", preguntó Luca, devolviendo su atención al presente. Sabía que, aunque Serena podía ser leal en sus propios términos, siempre tenía una agenda oculta.

Serena sonrió, pero no respondió de inmediato. En cambio, sacó un cigarrillo de su bolso y lo encendió, ignorando las reglas de la casa.

—"Digamos que tengo un interés personal en asegurarme de que los Romano no se desmoronen. Mi red depende de cierta... estabilidad en tu familia. Si caes, Luca, yo también pierdo."

Luca se levantó de su silla, caminando hasta una ventana que daba al jardín.

—"Así que no es altruismo. Es pragmatismo," y por eso vas a hacer la Fiscal que me inculpe, dijo, su tono teñido de amargura.

—"¿Cuándo he sido altruista?" Serena dio una calada al cigarrillo y lo apagó en un cenicero cercano. Luego lo miró con una seriedad inusual. "Pero hay algo más. Alessandro está jugando con algo mucho más grande de lo que tú crees. Si no lo controlas, no solo será tu imperio el que colapse. Será el mío."

Luca se giró para enfrentarla, su expresión endurecida.

—"¿Qué sabes que yo no?"

Serena sacó un sobre de su bolso y lo dejó caer sobre el escritorio.

—"Suficiente como para saber que necesitas mi ayuda, aunque tu orgullo te impida admitirlo. Lee esto y luego decide si sigues creyendo que puedes hacerlo solo."

Luca tomó el sobre, pero no lo abrió de inmediato. Sabía que cada vez que Serena entraba en su vida, las cosas se complicaban. Pero también sabía que, en este momento, no podía permitirse el lujo de rechazar su ayuda.

Lo que Luca no sabía era que Serena tenía sus propios motivos para intervenir. Entre los documentos que le había entregado, había información que implicaba a un antiguo aliado de los Romano en un esquema que no solo amenazaba a la familia, sino también a la posición de Serena en el mundo criminal, algo que las demás familias no iban a permitir, necesitaban a Serena con todos sus contactos y aliado en los tribunales. Si Luca caía, su propia red quedaría expuesta, y sus enemigos aprovecharían la oportunidad para destruirla.

Pero había algo más profundo. Serena no había olvidado los días que compartió con Luca en la Toscana, ni la promesa tácita que existía entre ellos. Aunque su vida estaba llena de decisiones pragmáticas, Luca representaba la única conexión genuina que había tenido. Ayudarlo no era solo un acto de estrategia; era una manera de proteger lo que quedaba de su humanidad.

Cuando Serena salió de la biblioteca, dejando a Luca con el sobre, Alessandro apareció en la puerta, su rostro mostrando una mezcla de sorpresa y molestia.

—"¿Qué estaba haciendo ella aquí?", preguntó Alessandro.

—“Llegas tarde, Alessandro.” —La voz de Luca era baja, controlada, pero tenía el filo de una navaja.

Su hermano menor entró en la habitación con una sonrisa sarcástica y un cigarrillo en la mano. Alessandro Romano era todo lo que Luca no quería ser: impulsivo, descarado y peligrosamente ambicioso. Su postura relajada, con la chaqueta colgando despreocupadamente de su hombro y la corbata suelta, contrastaba con la tensión en los hombros de Luca.

—“Siempre tan formal, hermano. ¿Cuándo vas a relajarte un poco?” —replicó Alessandro mientras se dejaba caer en una de las sillas frente al escritorio.

Luca no respondió de inmediato. En lugar de eso, tomó uno de los documentos y lo empujó hacia Alessandro

—“¿Sabes lo que es esto? Es una autorización que nunca firmé, pero que lleva mi nombre. ¿Qué demonios estás haciendo?”

Adriano arqueó una ceja, su expresión más divertida que preocupada.

—“Lo que tú no tienes el valor de hacer, Luca. ¿O crees que podemos mantener este imperio siendo ‘honorables’? Papá no construyó esto con ética empresarial.”

El silencio que siguió era más pesado que cualquier insulto. Luca sabía que Alessandro tenía razón en un aspecto: su padre, Don Lorenzo Romano, fue uno de los miembros más prominente de la mafia de Chicago, había hecho todo menos seguir las reglas para levantar el imperio que ahora estaban tratando de proteger. Pero Luca no quería seguir ese camino. Durante años había intentado limpiar el nombre de la familia, diversificar los negocios hacia sectores legales, pero siempre había algo, alguien, que lo arrastraba de vuelta al lodo. Y ese alguien era, más a menudo que no, Alessandro.

—“¿Sabes lo que está en juego aquí? La policía, la prensa, incluso algunos de nuestros aliados, están cuestionando nuestras decisiones. Y ahora tengo que lidiar con Valeria Martínez.” —Luca se puso de pie, sus manos apoyadas sobre el escritorio mientras miraba a su hermano como si pudiera aplastarlo con la fuerza de su voluntad.

El nombre de Valeria parecía provocar un destello de interés en Alessandro.

—“Ah, sí, la abogada estrella. ¿Es tan brillante como dicen o simplemente bonita?”

—“No hables de ella.” —El tono de Luca fue cortante, casi peligroso.

Alessandro sonrió con suficiencia.

—“Oh, esto es interesante. Así que la defensora de los oprimidos ha captado la atención de mi hermano mayor. ¿Sabes? Tal vez deberías dejar que ella te salve. Pareces necesitarlo.”

Luca ignoró el comentario de Alessandro, pero no pudo evitar que algo en su interior se agitara. Desde aquella noche en el Tuscany's, Valeria había invadido su mente de formas que no lograba entender, y mucho menos controlar.

La recordaba perfectamente. Sentada cerca del ventanal, la luz tenue del restaurante iluminando su rostro mientras hablaba animadamente con su amiga. Desde su esquina, con un whisky en la mano y un cigarro apagado entre los dedos, la había observado durante días. Había algo en ella que lo atrapaba; una mezcla peligrosa de fuerza y vulnerabilidad que lo desconcertaba. Cada movimiento, cada sonrisa que esbozaba mientras hablaba, lo sumergía más en un estado del que no quería salir.

Al principio, solo era curiosidad. Quería saber quién era esa mujer que lograba, con tanta facilidad, ignorar el mundo a su alrededor. Pero cuando sus ojos se encontraron por un breve instante, todo cambió. El verde intenso de su mirada parecía atravesarlo, como si

pudiera ver más allá de las capas cuidadosamente construidas que lo protegían del mundo. Fue entonces cuando lo sintió: un calor denso, tangible, que se apoderó de su cuerpo.

Se ajustó el cuello de la camisa y desvió la mirada, intentando recuperar la compostura. Pero fue inútil. Valeria se había levantado para dirigirse al bar, y al pasar cerca de su mesa, el aroma de su perfume —jazmín con un toque de vainilla— lo envolvió. Su piel reaccionó de inmediato, un estremecimiento que subió por su columna vertebral y se instaló en su pecho.

Cuando ella regresó a su mesa, su risa llenó el aire, clara y despreocupada. Esa despreocupación lo irritaba tanto como lo fascinaba. ¿Cómo podía ella ser tan distinta, tan indiferente a la tensión que él mismo sentía en ese momento?

Finalmente, no pudo evitar acercarse. Cada paso hacia su mesa lo cargaba de una energía que no reconocía. Había conocido a muchas mujeres, todas dispuestas a sucumbir a su encanto y dejarse poseer. Pero Valeria… ella era diferente.

—Espero que la estén pasando bien —dijo, su voz grave, resonando más de lo necesario en la cercanía.

Ella levantó la vista, y cuando sus ojos volvieron a encontrarse, el aire pareció cargarse de algo indescriptible. Estaba tan cerca que, sin darse cuenta, sus manos se rozaron cuando ella movió un vaso hacia un lado. Fue un contacto breve, apenas un segundo, pero la corriente eléctrica que lo recorrió lo dejó sin aliento.

Sintió cómo su cuerpo respondía, una reacción visceral e inmediata que lo tomó por sorpresa. Su mente, siempre calculadora y fría, ahora era un caos de imágenes y sensaciones. La suavidad de su piel, el leve temblor de su respiración al mirarlo, la manera en que sus labios se entreabrieron como si quisiera decir algo y no pudiera.

Quiso relajarse, retroceder, recuperar el control que parecía haber perdido en el momento en que la había visto esa noche. Pero en lugar de eso, un deseo primitivo y apremiante lo invadió. Quería más que rozarla. Quería tocarla, explorar cada parte de ella, descubrir si la intensidad de sus ojos se traducía en pasión en la intimidad.

Sin embargo, algo lo detuvo. No podía permitirse bajar la guardia. No con ella. Valeria no era como las demás mujeres. Ella no era alguien que pudiera seducir y luego olvidar. Era peligrosa. No por lo que decía o hacía, sino por lo que despertaba en él: una mezcla de deseo y vulnerabilidad que no se había permitido sentir en años.

Esa mirada suya… No era la de alguien impresionada por su poder o su estatus. Era analítica, inquisitiva, como si lo estuviera desarmando pieza por pieza. Por primera vez, Luca sintió que alguien veía más allá de su fachada, que Valeria Martínez no era una simple espectadora en su juego, sino una jugadora con la capacidad de cambiar las reglas.

Y eso lo perturbaba.

Ansiaba poseerla, sí. Pero con ella no sería como con las demás. Con Valeria, sabía que el deseo era solo el principio.

—“Alessandro, si vuelves a mover un solo dedo sin mi autorización, no voy a protegerte.” —Luca volvió a sentarse, dejando claro que la conversación había terminado.

Alessandro apagó su cigarrillo en un cenicero de cristal y se levantó con un gesto teatral.

—“Claro, Luca. Como siempre, el hermano mayor sabe lo que es mejor. Pero recuerda esto: el trono es cómodo hasta que comienzas a sentir las dagas en la espalda.”

Mientras Alessandro salía de la habitación, dejando a Luca solo con sus pensamientos, Serena conducía por las calles de Chicago, su mente dividida entre el peligro que se avecinaba y el hombre que una vez había significado algo para ella. Sabía que su intervención podía salvar a Luca, pero también sabía que podría perder mucho más en el proceso.

Y, en el fondo, una pregunta seguía atormentándola: ¿podría Luca volver a confiar en ella después de todo lo que habían compartido y perdido?

Horas más tarde, cuando el silencio de la noche envolvía la mansión Romano, Luca se permitió un momento de reflexión. Se dejó caer en el sillón que alguna vez perteneció a su padre y, por un instante, cerró los ojos.

Un recuerdo lo invadió: tenía 15 años, y su padre lo había llevado a su primera "reunión de negocios". Era una trampa, una prueba para enseñarle lo que significaba ser un Romano. A pesar de la fachada de respeto y diplomacia, aquella noche había terminado con un hombre muerto y Luca vomitando en el callejón trasero. Su padre, indiferente, le había dicho: *"Un Romano nunca muestra debilidad."*

Desde entonces, había hecho todo lo posible por evitar convertirse en ese hombre. Pero la sombra de Lorenzo Romano era larga y densa, y parecía perseguirlo en cada decisión que tomaba.

Horas más tarde, cuando Luca finalmente dejó la biblioteca, decidió que necesitaba una distracción. El club privado que su familia había fundado décadas atrás era uno de los pocos lugares donde podía relajarse sin preocuparse por las miradas inquisitivas. Pero esta noche, en lugar de rodearse de ruido, luces y rostros desconocidos, decidió hacer algo que rara vez hacía: fue a buscarla.

Valeria Martínez estaba en su despacho cuando él llegó, trabajando bajo la luz fluorescente de una lámpara de escritorio. La encontró inclinada sobre una pila de documentos, con el cabello cayendo en ondas desordenadas alrededor de su rostro. Parecía completamente ajena a su entorno, como si el resto del mundo no existiera cuando estaba concentrada en su trabajo.

—“Deberías descansar. Es tarde.”

Su voz resonó en el silencio, provocando que ella levantara la mirada. Por un breve instante, Valeria pareció sorprendida, pero rápidamente recuperó su compostura.

—“Y tú deberías estar cuidando tu imagen, no visitando a tu abogada en medio de la noche.” —respondió, su tono cargado de profesionalismo, aunque sus ojos delataran una pizca de curiosidad.

Luca se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho.

—“Hay algo que necesitas saber.”

Valeria dejó el bolígrafo y se recostó en su silla, observándolo con atención.

—“Si estás aquí para pedirme que me aparte del caso, ahórrate el esfuerzo. Ya he decidido que voy a representarte.”

Luca sonrió, pero era una sonrisa amarga.

—“No vine a pedirte que te apartes. Vine a advertirte. Mi mundo no es como el tuyo, Valeria. Las reglas que sigues en la corte no aplican aquí. Si te quedas, habrá cosas que no podrás deshacer.”

Por un momento, el silencio llenó el espacio entre ellos. Valeria no apartó la mirada, incluso cuando pudo sentir el peso de la sinceridad en sus palabras.

—“Entonces dime la verdad, Luca. No la versión filtrada por tus abogados ni lo que quieres que vea en los documentos. Dime lo que realmente está pasando.”

Luca se acercó lentamente, deteniéndose justo frente a su escritorio. Por primera vez en mucho tiempo, parecía vulnerable.

—“La verdad es que no todo lo que ves en esos papeles es real. Hay cosas que no controlo, personas que están moviendo piezas sin mi conocimiento. Pero no puedo decírtelo todo, no todavía.”

Valeria lo observó en silencio, intentando descifrar las emociones detrás de sus palabras. Algo en su tono le decía que estaba siendo honesto, aunque no completamente.

—“Entonces, ¿por qué no me dejas ir?” —preguntó finalmente.

Luca la miró fijamente, y por un momento, las palabras quedaron atrapadas en su garganta.

—“Porque, aunque no quiero que te veas arrastrada a esto, no puedo evitar sentir que eres la única persona que puede ayudarme a salir. Y eso... eso me aterra.”

Valeria sintió un nudo en el estómago. Era la primera vez que veía a Luca así, despojado de la arrogancia y el control que lo caracterizaban. Había una sinceridad cruda en sus palabras que la desarmó.

—“Entonces empieza a confiar en mí. No puedo ayudarte si sigues levantando barreras.”

Luca asintió lentamente, pero en su mirada había algo que Valeria no podía descifrar, algo que le decía que esto era solo el comienzo de una batalla mucho más grande.

Cuando finalmente salió de la oficina, Luca no podía sacarse de la cabeza la imagen de Valeria, su determinación y su fe en un sistema que él sabía que no siempre funcionaba. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentir algo que no fuera miedo o enojo.

Capítulo 3: Pacto Peligroso

El ambiente en el despacho de Valeria se sentía más denso de lo habitual. Las persianas entreabiertas dejaban entrar pequeños haces de luz, que se proyectaban sobre las pilas de documentos amontonados en cada superficie disponible. Sobre la mesa principal, un retrato de su padre, el juez Ernesto Martínez, la observaba como un recordatorio constante del legado que cargaba sobre los hombros.

Valeria deslizó los dedos por el marco del retrato, intentando hallar un consuelo que no llegaba. La muerte de su padre había sido devastadora. Oficialmente, había sido un accidente, pero nunca creyó esa versión. Su instinto le susurraba que todo había sido un asesinato cuidadosamente planeado. La investigación que había iniciado tras su pérdida la había conducido hasta los Romano, y esa misma búsqueda la arrastraba, inexorablemente, hacia el abismo.

—Todo esto comenzó contigo, papá —murmuró mientras apartaba el retrato y volvía al escritorio.

El silencio se veía interrumpido solo por el golpeteo constante de sus dedos sobre el teclado. Llevaba horas revisando contratos y correos electrónicos filtrados, buscando alguna prueba que confirmara lo que temía: la familia Romano no solo manejaba dinero ilícito, sino que tenía conexiones con las esferas más altas del poder político.

Un archivo en particular captó su atención. Se trataba de un contrato entre una empresa constructora y un conglomerado vinculado a los Romano. A primera vista, parecía una transacción ordinaria, pero entre líneas detectó cifras infladas y cláusulas sospechosas que favorecían a terceros. Lo más inquietante fue encontrar el nombre de un senador conocido por su discurso vehemente contra el crimen organizado.

Al revisar algunos documentos antiguos de su padre, halló algo que la dejó helada: una carta manuscrita dirigida a él. Aunque la tinta estaba desvaneciéndose, las palabras seguían siendo legibles. Era de un testigo protegido que había desaparecido poco después de declarar contra un senador corrupto años atrás. Lo perturbador era que ese senador, Marini, aparecía ahora vinculado a los contratos sospechosos de los Romano.

La conexión era clara y aterradora. Si su padre había estado investigando algo parecido antes de morir, esa podría haber sido la razón de su muerte.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —murmuró mientras se recostaba en su silla, quitándose los lentes y masajeándose las sienes.

El teléfono vibró sobre la mesa, sacándola de su concentración. Era Elena Ferraro, su mejor amiga y fiscal de distrito.

—Elena, dime que tienes buenas noticias.
—Eso depende de cómo definas "buenas". Estuve revisando algunos documentos del juzgado y parece que el senador Marini ha sido citado varias veces en investigaciones

preliminares sobre contratos gubernamentales sospechosos. ¿Por qué preguntas por él?

Valeria respiró hondo. Sabía que estaba entrando en terreno peligroso.

—Porque su firma está en un contrato que no tiene sentido. Y si esto es lo que parece, la familia Romano no solo lava dinero; también compra influencia política.

Elena suspiró al otro lado de la línea.

—Valeria, tienes que tener cuidado. Esta gente no juega limpio.
—Lo sé. Pero si avanzo, necesito saber que estarás de mi lado.
—Siempre lo estaré. Solo prométeme que no harás nada imprudente.

Tras despedirse, Valeria volvió su atención al contrato en la pantalla, consciente de que cada paso que daba la acercaba más al borde de un precipicio.

Esa noche, en un salón privado de uno de los clubes más exclusivos de la ciudad, Luca Romano sostenía un vaso de whisky mientras observaba a la mujer que acababa de entrar. Giulietta De Santis, conocida como "La Viuda Negra", tenía un porte intimidante que contrastaba con su etérea belleza. Vestida con un elegante vestido negro que realzaba cada curva, sus ojos parecían capaces de atravesar a cualquiera que se atreviera a mirarla demasiado tiempo.

—Luca, querido, es un placer verte de nuevo.

Su voz, suave y seductora, escondía un peligro latente. Luca sabía que Giulietta no se acercaba sin un propósito.

—Giulietta. ¿A qué debo el honor? —respondió, manteniendo una expresión neutral mientras ella se sentaba frente a él.

—He oído rumores, Luca. Dicen que estás intentando ‘limpiar’ las operaciones familiares. Eso podría resultar... problemático.

Luca tomó un sorbo de whisky, sin apartar la mirada de ella.

—Mi objetivo es garantizar la estabilidad. Nada más.

Giulietta rio, aunque sus ojos seguían fríos.

—La estabilidad es un concepto curioso. Para algunos, significa control; para otros, la eliminación de obstáculos.

—Si tienes algo que decir, Giulietta, hazlo ahora.

Ella se inclinó, sus labios curvados en una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—Solo diré esto: no olvides quiénes son tus verdaderos aliados. Y cuidado con esa abogada tuya. Tiene una lengua afilada y podría meterse en problemas si no sabe cuándo

callar.

Al marcharse Giulietta, el aire en la sala parecía menos pesado, pero la presión en el pecho de Luca persistía.

Esa misma noche, Valeria trabajaba en su despacho cuando un golpe en la puerta la sobresaltó. Sin esperar respuesta, Luca entró, su habitual elegancia desmentida por la expresión grave en su rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, sorprendida.
—Necesitamos hablar.
—¿Sobre qué? ¿Otra advertencia para que no meta las narices donde no debo?

Luca cruzó la habitación y se detuvo frente a ella.

—Giulietta De Santis te tiene en la mira. Y créeme, eso no es algo que debas tomar a la ligera.

Valeria sintió una mezcla de temor y frustración.

—¿Y qué sugieres? ¿Que abandone el caso y me esconda?
—Sugiero que tengas cuidado.

La intensidad en su voz la dejó sin palabras por un momento. Por primera vez, vio algo en él que no esperaba: genuina preocupación.

—Luca, esto no es solo un caso. Es mi trabajo. No voy a retroceder por una amenaza.

—Esto no es un juego, Valeria.

El silencio que siguió era como un pulso entre nosotros, cargado de tensión y emociones contenidas. Su mirada me atrapaba, un fuego oscuro que parecía querer consumir todo a su paso. Finalmente, susurré:

—Tal vez deberías empezar a confiar en mí.

Él dio un paso más hacia mí, su proximidad cargando el aire de una electricidad peligrosa. Su mano se alzó con una firmeza casi posesiva y tomó mi barbilla, obligándome a mirarlo directamente a los ojos. Su tatuaje quedó expuesto, las líneas negras dibujando un mapa de misterio y peligro. Sus dedos eran ásperos contra mi piel, y, sin embargo, no podía apartarme.

Mi respiración se aceleró mientras su mirada recorría cada rincón de mi rostro y descendía lentamente, como si estuviera trazando un camino invisible sobre mi cuerpo. Sin pensar, mi mano se deslizó hasta su cuello, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos, y en un impulso abrumador, cerré la distancia entre nosotros.

Nuestros labios chocaron con un hambre voraz, y cuando nuestras lenguas se encontraron, el mundo pareció desvanecerse. Su sabor era una mezcla embriagadora de peligro y deseo, y cada movimiento de su boca encendía fuegos que no sabía que tenía dentro.

Sus manos descendieron con una seguridad descarada, atrapando mis pechos con una fuerza que me arrancó un gemido. La presión de sus dedos era intensa,

reclamándome como si siempre le hubiera pertenecido. Bajó su boca hasta mi cuello, mordisqueando mi piel mientras sus manos continuaban su recorrido. El roce de sus labios contra mis pezones endurecidos me arrancó un jadeo que no pude contener, y sentí cómo el calor se acumulaba entre mis piernas, una urgencia húmeda que clamaba por él.

Pero entonces, la lucidez me golpeó como un cubo de agua fría. Con un esfuerzo que parecía imposible, lo empujé, creando un espacio que se sentía como un abismo. Mi voz salió temblorosa, pero firme:

—Deja de hacer eso.

Él se detuvo, sus ojos grises perforándome con una intensidad que aún hacía que mi cuerpo temblara. El silencio volvió a instalarnos en una burbuja cargada, rota solo por mi susurro:

—Esto no cambia nada.

Luca respondió, su tono bajo y lleno de una certeza devastadora:

—No. Cambia todo.

Y en ese instante, ambos supieron que habían cruzado una línea de la que no habría vuelta atrás.

Capítulo 4: Secreto de Familia

El eco de los tacones de Valeria resonaba en los pisos de mármol mientras avanzaba por la vasta mansión Romano. Las arañas de cristal iluminaban los pasillos con su luz dorada, pero no lograban disipar la oscuridad latente en aquellas paredes. Todo en ese lugar le recordaba que no encajaba allí. Sin embargo, esa noche no tenía elección. Luca la había convocado a una reunión privada. Su mensaje era claro: *"Es hora de que sepas la verdad."*

El aire se sentía denso cuando Luca apareció en el umbral de la sala principal. Su presencia siempre ejercía un efecto extraño sobre Valeria, como si la gravedad se alterara a su alrededor. Vestido con un impecable traje negro, lucía como un rey en su dominio, aunque sus ojos grises revelaban una tormenta interna.

—Lamento la espera —dijo con voz grave y firme—. Esto no será fácil.

Valeria cruzó los brazos, intentando ocultar su ansiedad tras una fachada de determinación.

—Nada en este caso lo ha sido. Pero estoy aquí. Empieza.

Luca asintió e hizo un gesto para que lo siguiera. Recorrieron un laberinto de pasillos hasta llegar a un despacho oculto tras una puerta de madera tallada. En el interior, la estancia desprendía opulencia y poder: estanterías abarrotadas de libros antiguos, un escritorio de caoba maciza y retratos familiares que parecían vigilarlos desde las paredes. Luca cerró la puerta tras ellos, el sonido reverberando como un sello final.

—Mi familia no es lo que aparenta —comenzó, apoyándose en el escritorio—. Todo lo que has descubierto hasta ahora es solo la superficie.

Valeria arqueó una ceja, intrigada.

—¿Y qué hay más allá de esa superficie? ¿Algo peor que lavado de dinero y corrupción política?

Luca sostuvo su mirada un instante antes de responder.

—Mucho peor.

Con una franqueza que la dejó sin aliento, le explicó cómo Alessandro Romano, su padre, había construido un imperio cimentado en sangre, traiciones y alianzas con figuras del inframundo. Lo que comenzó como un negocio legítimo en la industria hotelera se había transformado en una red mafiosa que controlaba desde el tráfico de armas hasta la influencia política en Chicago.

—Estamos en todas partes, Valeria —confesó con seriedad—. Jueces, corporaciones, incluso organismos de seguridad. No hay un solo rincón de esta ciudad que no toquemos.

El peso de sus palabras la golpeó como un mazazo. Sabía que los Romano eran peligrosos, pero la magnitud de su alcance era abrumadora.

—¿Y tú? —preguntó, buscando en su rostro alguna señal de remordimiento—. ¿Cuál es tu papel en todo esto?

Luca apartó la mirada, como si la pregunta lo hiriera.

—Siempre he intentado mantenerme al margen. Desde pequeño quise algo diferente, algo limpio. Pero escapar de este apellido tiene un precio demasiado alto.

La sinceridad en su voz la desarmó. Por primera vez, no veía a Luca como un Romano, sino como un hombre atrapado entre su conciencia y su legado.

—Si sabías que investigaba a tu familia, ¿por qué no me detuviste?

Luca respiró hondo antes de responder.

—Porque eres la única persona que he conocido con el valor y la capacidad para deshacer esto. Y porque, por primera vez, quiero creer que hay una salida.

A kilómetros de distancia, Alessandro Romano examinaba un informe confidencial. Su asistente había recopilado un expediente detallado sobre Valeria. Aunque al principio no la consideró una amenaza, ahora algo había cambiado.

Las fotos sobre su escritorio mostraban a Luca y Valeria en una conversación demasiado íntima. Alessandro apagó su cigarro con un gesto brusco, su expresión endurecida. Sabía que Luca siempre había sido el soñador de la familia, pero este desliz era más peligroso de lo que podía tolerar.

—Así que nuestro querido Luca ha encontrado un nuevo entretenimiento —murmuró con desprecio—. Esto no puede terminar bien.

Para Alessandro, la solución era clara: si Valeria se convertía en un problema, él mismo se encargaría de eliminarla.

Horas más tarde, Valeria recibió un mensaje de un número desconocido: *"Nos vemos en el Café Milano. Ahora."* Aunque el tono autoritario la inquietó, decidió acudir.

El lugar, discreto, pero elegante, estaba casi vacío. Serena Caracci, una figura clave en la organización Romano, la esperaba junto a una ventana. Vestida con un impecable traje rojo, Serena irradiaba elegancia y peligro en igual medida.

—Valeria —dijo con una sonrisa helada cuando esta se sentó frente a ella—. Qué agradable que hayas venido.

—¿Qué quieres, Serena? —respondió Valeria sin rodeos.

Serena jugueteó con su copa de vino antes de hablar.

—Una advertencia. Eres inteligente, así que sabes lo peligroso que es acercarte a Luca. No es un hombre común, y los Romano no son una familia cualquiera. Si sigues adelante, terminarás destruida.

Valeria mantuvo la calma, aunque su mente trabajaba a toda velocidad.

—Agradezco tu preocupación, pero no necesito que me digas cómo hacer mi trabajo.

Serena inclinó la cabeza, como un depredador, evaluando a su presa.

—Esto no es un juego. Y si persistes, descubrirás de lo que soy capaz.

Se levantó, dejando a Valeria con una mezcla de ira y ansiedad. Serena no era una mujer de amenazas vacías.

Esa noche, en su apartamento, Valeria intentó concentrarse en los documentos del caso. Sin embargo, las palabras de Serena y las confesiones de Luca seguían resonando en su mente. ¿Había subestimado el peligro?

Su teléfono sonó, interrumpiendo sus pensamientos. Era Luca.

—¿Estás bien? —preguntó con voz preocupada.

—Serena me dejó un mensaje muy claro —respondió Valeria—. ¿Siempre es tan... persuasiva?

Luca suspiró al otro lado de la línea.

—Serena tiene sus propias lealtades. Pero no dejes que te intimide.

—Difícil ignorarla cuando claramente quiere verme fuera del camino.

Un silencio incómodo precedió las palabras de Luca, que esta vez sonaron llenas de suavidad.

—Lamento haberte arrastrado a esto. Pero haré todo lo que esté en mi mano para protegerte.

Colgaron, y Valeria quedó mirando su reflejo en la ventana. Había cruzado un umbral del que no sabía si podría regresar. Ahora no solo investigaba un caso; estaba atrapada en una red de secretos, lealtades y sentimientos encontrados. ¿Estaba dispuesta a pagar el precio que esto implicaba?

Mientras las luces de la ciudad titilaban a lo lejos, Valeria comprendió algo: no solo buscaba justicia. También quería salvar a Luca, aunque eso significara arriesgarlo todo.

Capítulo 5: El Precio de la Verdad

La oficina de Valeria permanecía en un silencio inquietante. Las luces fluorescentes proyectaban sombras alargadas sobre la mesa, donde se extendía una montaña caótica de documentos. Había pasado horas revisando registros financieros, contratos y correos electrónicos. Por fin, su instinto dio frutos: entre cifras y nombres disfrazados, descubrió la evidencia que buscaba. Una cuenta bancaria en un paraíso fiscal, vinculada directamente al patriarca de los Romano, revelaba transacciones que implicaban sobornos a políticos de alto rango.

Valeria inhaló profundamente al sostener una hoja de papel, sus manos temblaban ligeramente. Sabía lo que aquello significaba. Ese documento era más que una prueba para el caso; era una llave capaz de salvar a Luca de cualquier condena. Pero también implicaba hundir a toda su familia, incluyendo a su hermano Alessandro y a los aliados que habían mantenido a los Romano en la cúspide del poder durante décadas.

Por un instante, consideró destruirlo, fingir que nunca lo había encontrado. Sin embargo, no podía hacerlo. No solo era su deber como abogada, también era una cuestión de principios. Por encima de todo, quería creer que Luca merecía una oportunidad para redimirse.

De repente, la visión del documento se desdibujó, y Valeria fue arrastrada a un recuerdo que había intentado enterrar.

Tenía 12 años y estaba sentada en una vieja banca de madera junto a su padre, en el parque del barrio. Él, un hombre robusto, pero gentil, sostenía un helado derretido mientras hablaba con una gravedad que rara vez mostraba.
—Valeria, hay momentos en los que debes decidir entre lo que es correcto y lo que es fácil —dijo con voz profunda—. Y lo correcto siempre tendrá un precio. Pero si nunca lo pagas, no podrás mirarte al espejo sin sentir vergüenza.
No entendió completamente sus palabras en ese momento, pero ahora resonaban en su mente como una advertencia del destino. Años después, su padre había enfrentado a un político corrupto en su pequeño pueblo, negándose a sobornar inspectores. Lo encontraron muerto en el río semanas después.

Esa tarde, Valeria se dirigió a la mansión Romano. La tensión era palpable incluso antes de entrar. Los guardias la observaron con más atención de lo habitual. Al cruzar el gran vestíbulo de mármol, notó un ambiente más frío, más hostil. Alessandro estaba en algún lugar de la casa y, aunque no lo había visto, sentía su sombra acechándola.

Luca la recibió en su despacho con expresión seria. Vestía un traje gris oscuro, pero su corbata desajustada delataba que no había tenido tiempo de arreglarse adecuadamente. La preocupación en su rostro era evidente.
—Encontré algo —dijo Valeria, dejando caer el expediente sobre el escritorio.

Luca lo abrió con cuidado, sus ojos recorriendo las páginas rápidamente. Su mandíbula

se tensó mientras procesaba la información.
—Esto podría salvarte —continuó Valeria con tono firme—. Pero tiene un costo.

Luca alzó la mirada, sus ojos reflejaban una mezcla de gratitud y tormento.
—¿Qué costo?

—Destruirá a tu familia. Todo lo que han construido. Alessandro, tu padre... No habrá manera de protegerlos si esto sale a la luz.

Luca se recostó en su silla, pasando una mano por su cabello con frustración.
—No puedo hacer eso, Valeria. Alessandro y yo podemos no estar de acuerdo en muchas cosas, pero sigue siendo mi hermano. Y mi padre... él creó esto, pero también nos dio todo. No puedo ser quien los destruya.

—¿Y tú? —preguntó ella, acercándose—. ¿Estás dispuesto a sacrificarte por ellos? Porque eso es lo que va a pasar si no actuamos.

El silencio que siguió fue devastador. Luca apartó la mirada, incapaz de responder.

Esa noche, Valeria no regresó a casa. Luca insistió en que se quedara en la mansión, argumentando que era más seguro para ella. A regañadientes, aceptó, aunque sabía que estar allí solo aumentaría las tensiones. Mientras deambulaba por los pasillos, sintió una presencia que la hizo detenerse.
—Valeria —dijo una voz femenina tras ella.

Se giró lentamente y encontró a Giulietta "La Viuda Negra" De Santis al otro lado del pasillo. Era tan imponente como los rumores decían. Alta, elegante, con un vestido negro que parecía fundirse con las sombras. Sus ojos verdes brillaban con una inteligencia fría y calculadora.
—He oído mucho sobre ti —continuó Giulietta, avanzando con pasos felinos—. La abogada brillante que ha captado la atención de Luca.

—Supongo que debería sentirme halagada —respondió Valeria, manteniendo la calma pese a la creciente tensión.

Giulietta sonrió, pero no había calidez en su gesto.
—No estás aquí por accidente, ¿verdad? Las mujeres como tú siempre tienen un propósito, y me pregunto cuál es el tuyo.

—Mi propósito es hacer mi trabajo. Y si eso implica proteger a Luca, lo haré.

La sonrisa de Giulietta se desvaneció, reemplazada por una expresión de advertencia.
—Cuidado, Valeria. Este mundo no es para los débiles. Y si sigues insistiendo en meterte en asuntos que no te conciernen, descubrirás que hay un precio muy alto por la verdad.

Con eso, Giulietta se dio la vuelta y desapareció en las sombras, dejando a Valeria con una inquietud que la acompañó durante horas.

Más tarde, esa noche, Valeria deambulaba por la biblioteca de la mansión, buscando algo que la ayudara a apaciguar el torbellino que llevaba dentro. La suave iluminación bañaba los estantes de libros antiguos, y el aroma a cuero y papel viejo llenaba el aire. Estaba hojeando un volumen al azar cuando la puerta se abrió lentamente. Luca entró, su figura recortada contra la luz del pasillo. Había cambiado su impecable traje por una camisa blanca ligeramente desabrochada, dejando entrever su pecho, y unos pantalones oscuros que moldeaban sus caderas con una perfección devastadora.

—No puedes dormir —dijo él, su voz ronca y baja, como si compartiera un secreto íntimo.

—Después del día que he tenido, ¿quién podría? —respondió ella, intentando disimular el temblor en su voz con una sonrisa cansada.

Luca cruzó la habitación con una elegancia felina y se sentó junto a ella en el sofá, su proximidad, enviando un escalofrío por su espina dorsal. Por un momento, el silencio entre ellos no fue incómodo, pero sí ardiente. La tensión flotaba en el aire, palpable, como un imán que los empujaba inexorablemente el uno hacia el otro.

—Valeria... —comenzó él, inclinándose apenas hacia ella, su voz suave, pero cargada de un deseo contenido—, quiero que sepas que lo que dijiste antes... lo entiendo. Pero esto no es solo mi lucha. Es un legado que no puedo ignorar.

Ella levantó la mirada hacia él, encontrándose con esos ojos grises que la desarmaban sin esfuerzo. Había algo en ellos que la hacía sentir expuesta, como si Luca pudiera ver cada rincón de su alma.

—No estás solo en esto, Luca. Estoy aquí para ayudarte, aunque no sé si eso será suficiente.

Luca no dijo nada más, pero sus acciones hablaron por él. Extendió una mano y la colocó sobre la de ella. Su toque era cálido, firme, pero también lleno de una ternura inesperada. Valeria sintió cómo su resolución comenzaba a desmoronarse, cada barrera que había erigido deshaciéndose bajo la intensidad de su presencia.

—No debería sentir esto por ti —murmuró él, inclinándose aún más cerca, su aliento rozando su piel.

—Y yo no debería estar aquí —susurró ella, su voz quebrada por el deseo.

Pero en lugar de apartarse, ambos se dejaron llevar. Sus labios se encontraron en un beso ardiente, cargado de pasión y desesperación. Luca la sostuvo por la nuca, profundizando el contacto con un hambre que no necesitaba palabras. Valeria gimió contra su boca, su cuerpo encendiéndose al instante.

—Eres un maldito imán —jadeó ella, mientras él se apartaba solo lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Y tú eres mi perdición —murmuró él antes de volver a besarla.

Luca la empujó suavemente contra el sofá, su cuerpo cubriendo el de ella con una facilidad natural. Sus manos encontraron el borde de su blusa y la deslizaron hacia arriba, dejando al descubierto su piel. Valeria arqueó la espalda cuando los labios de Luca descendieron hacia su cuello, mordisqueando y lamiendo con una mezcla de dulzura y hambre animal.

Sin detenerse, sus manos encontraron sus pechos, acariciándolos con una firmeza que arrancó un gemido profundo de sus labios. Sus dedos hábiles se colaron bajo la tela de su sostén, liberándolos, y su boca no tardó en descender, atrapando un pezón erecto entre sus labios. Cada succión, cada leve mordisco, enviaba descargas eléctricas directamente a su

centro.

—Luca... —jadeó ella, perdiendo la coherencia mientras él continuaba su exploración.

Su mano se deslizó lentamente por su abdomen, bajando hacia la cinturilla de su pantalón. Sin pedir permiso, lo desabrochó y deslizó sus dedos hasta encontrar su calor húmedo.

—Estás empapada, Valeria —ronroneó contra su oído, su tono bajo y cargado de promesas pecaminosas.

—Y tú eres el culpable —susurró ella, su voz temblando entre jadeos.

Luca retiró sus dedos, llevándoselos a los labios para saborear el rastro de su deseo. Luego, con movimientos seguros y desesperados, desabrochó su propio pantalón, liberando su erección. Valeria lo miró, sus ojos llenos de anhelo, mientras él deslizaba su miembro por sus pliegues, torturándola con ese roce lento y deliberado.

—Ábrete para mí, Valeria —ordenó, su voz, un gruñido cargado de autoridad.

Ella obedeció, abriendo sus piernas y ofreciéndose sin reservas. Luca no perdió tiempo y se hundió en ella de una sola embestida, arrancándole un grito ahogado. Era una mezcla de placer y dolor exquisito que la dejó sin aliento.

—Eres tan jodidamente perfecta —jadeó él, moviéndose dentro de ella con un ritmo lento al principio, pero aumentando la intensidad con cada embestida.

Valeria se aferró a sus hombros, sus uñas dejando marcas en su piel mientras su cuerpo se rendía completamente a él. Cada movimiento era un torbellino de sensaciones, un fuego que los consumía sin dejar nada a su paso.

Luca inclinó la cabeza y atrapó uno de sus pezones entre sus dientes, chupándolo con una fuerza que la hizo arquearse bajo él. Su pelvis se movía con precisión, golpeando justo donde la hacía perder el control.

El clímax llegó como una explosión, arrancándole un grito mientras su cuerpo se tensaba alrededor de él. Luca no tardó en seguirla, un gruñido profundo escapando de su garganta mientras se derramaba dentro de ella, sus movimientos perdiendo el control en los últimos instantes.

Cuando ambos recuperaron el aliento, Luca la miró, su expresión seria, pero cargada de algo más profundo.

—Esto cambia todo, Valeria.

Ella asintió, todavía atrapada en el torbellino de emociones.

—Lo sé.

La verdad era que sí importaba. Importaba más de lo que estaban dispuestos a admitir. Porque, con cada paso hacia el otro, se adentraban más en un territorio donde las líneas entre el deber, la lealtad y el amor se desdibujaban peligrosamente.

Capítulo 6: Traiciones

La mansión Romano, siempre envuelta en un aura de poder y misterio, vibraba aquella noche con tensiones apenas contenidas. Un aire denso y electrizante recorría los pasillos, haciéndose imposible de ignorar para Valeria, quien avanzaba con pasos firmes, el eco de sus tacones resonando como el tictac de un reloj hacia lo inevitable. Tras semanas sumergidas en los secretos de los Romano, sentía que las piezas del rompecabezas giraban en direcciones que escapaban de su control.

En el despacho, Luca revisaba documentos en silencio, con el rostro rígido en una máscara de concentración. La tormenta que lo consumía por dentro apenas se hacía evidente para otros, pero Valeria, experta ya en descifrar sus gestos, la percibía en los pequeños detalles: el suspiro retenido, el tamborileo constante de sus dedos sobre el escritorio.

Se detuvo en la entrada del despacho y lo observó sin pronunciar palabra. Algo estaba terriblemente mal. Sin embargo, Luca, como siempre, prefería cargar con el peso en solitario. Decidió no interrumpirlo y continuó su camino, aunque una sensación de inquietud le oprimía el pecho como una piedra.

Horas antes, Alessandro había cruzado una línea que ningún Romano se había atrevido a imaginar. Se había reunido en secreto con un agente del FBI en un discreto café a las afueras de la ciudad. Vestido impecablemente de negro, mantenía una expresión fría y calculadora, aunque sus ojos traicionaban una mezcla de ambición y resentimiento.

—No es fácil lo que me estás pidiendo —dijo Alessandro mientras removía su espresso —. Pero incluso yo tengo límites, aunque se trate de mi familia.
El agente, un hombre de rostro pétreo y tono neutro, asintió lentamente.
—No es solo sobre tu familia. Es una oportunidad para purgar a esta ciudad de la corrupción que la ha envenenado por décadas.

Alessandro dejó la taza sobre el platillo con un tintineo leve, consciente de que su decisión desencadenaría consecuencias monumentales. Traicionar a Luca significaba traicionar la esencia de los Romano. Pero este era su momento para salir de la sombra de su hermano, el eterno favorito de su padre.

—Haré lo que sea necesario —dijo finalmente, entregando al agente un pendrive con información clave sobre las operaciones de la familia—. Pero quiero garantías. Si todo se viene abajo, no caeré con ellos.
El agente tomó el dispositivo con cautela.
—Eso dependerá de ti. Pero puedes estar seguro de que tu cooperación será valorada.

Alessandro se recostó, satisfecho consigo mismo. Había dado el primer paso hacia algo más grande, aunque sabía que el camino estaría plagado de peligros.

En una exclusiva suite de hotel, Serena y Giulietta "La Viuda Negra" De Santis discutían estrategias. Serena, siempre impecable, miraba a Giulietta con una mezcla de admiración y

cautela mientras la otra mujer estudiaba un mapa lleno de fotos y anotaciones.

—Valeria es un problema —dijo Serena, cruzando los brazos—. No solo se ha ganado la confianza de Luca, también está cerca de descubrir cosas que podrían hundirnos.
Giulietta levantó la mirada, una sonrisa astuta curvando sus labios.
—Entonces, eliminemos el problema antes de que crezca.

—¿Eliminarla? —preguntó Serena, sorprendida por la crudeza de la sugerencia.
—No necesariamente de forma literal —respondió Giulietta con una risa suave—. Pero debemos destruir todo lo que la hace fuerte: su credibilidad, su posición y su relación con Luca.

Serena asintió lentamente. Aunque lo odiaba, no podía negar que la mente metódica de Giulietta tenía cierto encanto.
—Tengo contactos en la fiscalía. Podríamos plantar información falsa sobre ella para que Luca dude de su lealtad.
—Perfecto —dijo Giulietta, su sonrisa ensanchándose—. Entre las dos, haremos que Valeria lamente haber cruzado nuestro camino.

En el club nocturno de los Romano, Marco Bellini, el leal hombre de confianza de Luca, enfrentaba un dilema. Contemplaba un sobre sellado que Alessandro le había entregado más temprano, junto a órdenes para actuar en contra de Luca. Sirviéndose un trago de whisky, intentó calmar sus pensamientos.

—¿Qué harías tú, Luca? —murmuró Marco, tomando un sorbo.

Su teléfono vibró, interrumpiendo sus reflexiones. Era un mensaje de Alessandro: *"El tiempo corre. Decide ya."* Marco apagó la pantalla y, tras un momento de duda, guardó el sobre en un cajón. Decidido, salió del club rumbo a la mansión para confrontar a Luca directamente.

De vuelta en la mansión, Valeria y Luca estaban en el despacho. Él revisaba los documentos que ella había traído, pero finalmente los dejó de lado, frustrado.

—Todo esto… —comenzó, aunque se detuvo. Luego la miró—. ¿Crees que todavía hay algo que valga la pena salvar?
Valeria se acercó y colocó una mano sobre la suya.
—No se trata de salvar a todos, Luca. Pero aún puedes salvarte a ti mismo.

Antes de que Luca pudiera responder, la puerta se abrió de golpe. Marco entró con expresión tensa.
—Tenemos que hablar —dijo, mirando a Luca.

Luca asintió y, tras un gesto a Valeria pidiéndole paciencia, siguió a Marco a una sala privada. Una vez a solas, Marco soltó la verdad sin rodeos.

—Alessandro te ha vendido, Luca. Está trabajando con el FBI. Este sobre contiene las órdenes que me dio para actuar en tu contra.

Luca tomó el sobre y lo revisó en silencio. Su mandíbula se tensó, pero cuando habló, su voz era calmada.
—No debería sorprenderme. Alessandro siempre estuvo esperando su momento para tomar el control.
—¿Qué haremos? —preguntó Marco, preocupado.
Luca levantó la mirada, una determinación feroz brillando en sus ojos.
—Primero, protegeremos a Valeria. Alessandro no dudará en usarla contra mí.

Esa noche, mientras Valeria buscaba aire fresco en el balcón, Giulietta la observaba desde las sombras del jardín, sus ojos destilando odio y satisfacción.
—Disfruta tu última noche tranquila, Valeria —murmuró para sí misma—. Porque mañana, tu mundo comenzará a derrumbarse.

El aire nocturno estaba cargado de conspiraciones. En algún lugar, Alessandro sonreía, convencido de que su plan avanzaba con precisión.

Capítulo 7: El Juicio Final

El amanecer sobre la ciudad llegó envuelto en un aire denso, casi insoportable. Valeria miró el horizonte desde su ventana, consciente de que ese día se decidiría el destino de muchas vidas, incluida la suya. El Palacio de Justicia ya hervía de actividad: periodistas apiñados en la entrada, cámaras encendidas y un murmullo constante de especulaciones.

Cuando Valeria llegó, su presencia acalló el bullicio por un instante. Vestida con un traje negro impecable, proyectaba una imagen de fortaleza y determinación. Sin embargo, debajo de esa fachada, libraba una batalla interna. El caso contra Luca Romano era un laberinto de intrigas, traiciones y secretos que amenazaban con atraparla también a ella.

En la sala del tribunal, Luca estaba sentado junto a su abogado. Su postura era rígida, pero su rostro permanecía impasible. Valeria se acercó y le apretó el hombro.

—No te preocupes. No voy a dejar que te destruyan.

Él respondió con una leve inclinación de cabeza, pero sus ojos mostraban agradecimiento, y algo más: resignación. Luca sabía que se enfrentaba a enemigos poderosos, con recursos que apenas podía igualar.

El fiscal de distrito comenzó su alegato con una exposición contundente. Las pruebas parecían irrefutables: transferencias bancarias ilícitas, testimonios de testigos y documentos que conectaban a Luca con redes criminales. Valeria, sentada en la mesa de la defensa, observaba cada detalle. Algo no encajaba. Las pruebas eran demasiado "perfectas", casi como si alguien hubiera diseñado el caso para asegurarse de que Luca no tuviera escapatoria.

Entre el público, Elena Ferraro, la mejor amiga de Valeria y ahora fiscal adjunta, mantenía una expresión estoica. A pesar de su profesionalismo, Valeria sabía que la situación la desgarraba internamente. Habían tenido discusiones acaloradas sobre el caso, pero esa era la primera vez que se enfrentaban como oponentes directos.

Durante un receso, Valeria se reunió con Luca en una sala privada.

—Esto va más allá de ti —dijo Valeria, bajando la voz—. Alguien está manipulando todo esto. Estoy segura de que hay pruebas falsificadas.

Luca suspiró, cansado.

—¿Y qué podemos hacer? Esta gente no juega limpio. Tienen el poder para enterrarme y lo saben.

—Entonces tendremos que jugar mejor que ellos —respondió Valeria, con determinación en sus ojos.

Mientras tanto, Serena y Giulietta observaban los acontecimientos desde una suite de

hotel cercana. Ambas habían estado trabajando en las sombras para asegurarse de que Luca cayera. Serena tenía motivos personales: un rencor profundo hacia Valeria. Giulietta, en cambio, solo veía una oportunidad para quedarse con el imperio Romano.

—Valeria no se rendirá fácilmente —dijo Giulietta, con una copa de vino en la mano—. Pero al final, caerá junto con él.

Serena sonrió, aunque su mente estaba llena de dudas. Había subestimado a Valeria antes, y algo le decía que podría estar cometiendo el mismo error.

Esa noche, mientras revisaba los documentos presentados en el juicio, Valeria encontró algo alarmante. Algunos de los contratos que implicaban a Luca mostraban marcas de edición recientes, fechas alteradas y firmas que no coincidían completamente. Alarmada, contactó a un experto forense en documentación, quien confirmó sus sospechas: las pruebas habían sido manipuladas.

Las piezas comenzaron a encajar. Los nombres de Giulietta y Serena aparecieron en transacciones relacionadas con las pruebas fabricadas. Pero lo que la dejó sin aliento fue un detalle inesperado: una conexión con su propio padre, un hombre que había desaparecido de su vida hacía años.

Valeria se encerró en su apartamento, inmersa en los documentos. Las transacciones que incriminaban a Luca también revelaban un rastro que conducía a antiguos enemigos de su padre. Esa red de corrupción no era nueva; se remontaba a décadas atrás, cuando su padre investigaba al senador y a toda la red gubernamental involucrada en los negocios sucios de la mafia, antes de su misteriosa muerte.

—Papá... —susurró Valeria, sintiendo una mezcla de ira y tristeza—. ¿Qué te hicieron?

Al día siguiente, Valeria interceptó a Serena en el pasillo del tribunal. Serena conversaba con uno de los abogados acusadores de Luca. Valeria irrumpió en la conversación.

—Necesitamos hablar.

—¿De qué se trata ahora? —respondió Serena, con una sonrisa burlona.

Valeria la llevó a un rincón apartado.

—Sé lo que hiciste. Manipulaste las pruebas para hundir a Luca. Pero esto no es solo sobre él, ¿verdad? Esto es personal. ¿Qué estás buscando realmente?

Serena mantuvo su sonrisa, pero había una frialdad en sus ojos.

—¿Por qué sería personal?

—No mientas. Esto tiene que ver con mi padre, ¿verdad? Porque él descubrió los manejos de tu padre, el senador y sus amigos. Por eso lo mandaron a matar.

La pregunta pareció sorprender a Serena por un segundo, pero rápidamente recuperó la compostura.

—Tal vez —dijo en un tono casual—. O tal vez estoy haciendo lo que tú no tuviste el valor de hacer: Buscar justicia, enfrentar la verdad.

—Esto no es justicia. Es venganza.

Serena se encogió de hombros.

—Llámalo como quieras. Pero recuerda, Valeria, nadie sale limpio de este juego, ni siquiera tú.

El juicio continuó, pero Valeria ahora tenía una misión clara: exponer a Serena y Giulietta antes de que pudieran lograr su objetivo. Durante una larga noche de trabajo, Luca apareció en su apartamento.

—Deberías descansar —dijo él, apoyándose en la puerta—. No puedes salvarme si te derrumbas primero.

Valeria levantó la vista de sus papeles, exhausta pero decidida.

—No voy a detenerme, Luca. Hay algo más grande detrás de esto, algo que involucra a mi familia. No solo voy a salvarte, voy a destruir todo lo que ellos han construido.

Luca se acercó, su mirada suave pero intensa.

—Nunca pensé que alguien como tú estaría a mi lado en un momento como este. Pase lo que pase, Valeria, gracias.

Ambos compartieron un momento cargado de emoción. Habían encontrado en el otro una fuerza que no sabían que necesitaban.

En el día decisivo, Valeria presentó las pruebas que había recopilado: registros alterados, vínculos entre Serena, Giulietta y figuras de poder. Su exposición dejó a la sala en silencio. Incluso Elena, la fiscal, parecía conmocionada.

Valeria estaba preparada. Cada ataque fue respondido con una prueba contundente, dejando a la fiscalía sin argumentos.

El juez emitió un veredicto mixto: aunque Luca no fue absuelto completamente, las pruebas manipuladas invalidaron muchos de los cargos. Salió del tribunal como un hombre libre, pero con una advertencia sobre futuras investigaciones.

Serena y Giulietta, viendo que su influencia había sido erosionada, huyeron antes de ser arrestadas.

Al final del día, Luca y Valeria se encontraron en la entrada del Palacio de Justicia. La ciudad parecía más tranquila, pero ambos sabían que la batalla no había terminado.

—Ganaste —dijo Luca, con una pequeña sonrisa.

—Por ahora —respondió Valeria—. Pero esto no se ha acabado. Todavía quedan secretos por desenterrar.

—Cualquiera que sea el próximo desafío, prefiero enfrentarlo contigo.

Ella asintió, dejando que una pequeña sonrisa cruzara su rostro. Juntos caminaron hacia un futuro incierto, conscientes de que habían derribado una parte de la red de mentiras, pero sabiendo que quedaba mucho por hacer.

Capítulo 8: Entre el Amor y el Deber

El aire de la noche en Chicago estaba cargado de promesas y peligro. La decisión que Valeria sabía que tendría que enfrentar desde el inicio se encontraba ahora frente a ella, clara y cruel. Ese mundo que había jurado desentrañar, lleno de corrupción y violencia, estaba inextricablemente unido al hombre que había logrado tocar lo más profundo de su corazón. Luca Romano no solo era un caso más; se había convertido en su caso, en su vida.

La llamada llegó mientras Valeria revisaba las últimas piezas del informe que debía presentar al fiscal general. Desde la pantalla, Elena Ferraro, su amiga y fiscal de distrito, la miraba con una mezcla de cansancio y preocupación.

—«Valeria, debes decidir ya. No puedes seguir en esta encrucijada», dijo Elena, sus palabras cargadas de una verdad incómoda. «Si entregas este informe, no habrá vuelta atrás. Luca será arrastrado junto con toda su familia, y sabes lo que eso significa.»

Valeria asintió lentamente, dejando caer el bolígrafo sobre la mesa. Las pruebas que había reunido contra Giulietta "La Viuda Negra" De Santis eran suficientes para desmantelar una buena parte de la operación ilícita de la familia Romano, pero también incriminaban indirectamente a Luca. Había logrado mantenerse al margen de muchos de los crímenes, pero su apellido, su sangre, lo mantenían atado a ese oscuro legado.

—«¿Y si no lo hago?», preguntó Valeria con un hilo de voz.

Elena suspiró.

—«Si no lo haces, estarás sacrificando todo por él: tu carrera, tu reputación, incluso tu vida, Valeria. Giulietta no es alguien que se detenga fácilmente. Y no olvides que el FBI sigue de cerca cada uno de tus movimientos.»

Horas más tarde, Valeria estaba en la villa Romano. La mansión, rodeada por altos muros y vigilada por hombres armados, parecía más un castillo en ruinas que un hogar. Dentro, Luca esperaba en su despacho, rodeado de documentos y mapas, tratando de encontrar una salida para proteger a su familia. Al verla entrar, dejó todo de lado y cruzó la habitación hacia ella.

—«¿Qué decidiste?», preguntó, su tono grave.

Valeria se quedó en silencio por un momento, buscando las palabras adecuadas. Finalmente, lo miró a los ojos.

—«Aún no lo sé», admitió. «Pero necesito saber algo, Luca. ¿Qué estarías dispuesto a sacrificar por esto, por nosotros?»

Luca tomó su rostro entre sus manos, su mirada intensa y sincera.

—«Todo», respondió sin dudar. «Pero eso no importa si tú pierdes quién eres en el

proceso. No quiero ser el hombre que te haga renunciar a lo que amas, Valeria.»

El peso de sus palabras la golpeó con fuerza. Había construido su vida alrededor de la justicia, pero ahora, esa misma justicia la obligaba a destruir al único hombre que la había hecho sentir viva.

Mientras Valeria luchaba con su decisión, Giulietta De Santis movía sus piezas desde las sombras. En un lujoso ático en el New East Side, ubicado en el centro de Chicago, Giulietta se reunió con Serena, la antigua aliada y amante de Luca. La traición de Serena había sido un golpe, pero no inesperado. Ambas mujeres compartían un objetivo común: destruir a Valeria y asegurar que la familia Romano cayera.

—«La clave está en Valeria», dijo Giulietta, encendiendo un cigarrillo. «Si logramos quebrarla, Luca no tendrá defensa. Y cuando él caiga, el resto seguirá.»

—«Ella es más fuerte de lo que parece», respondió Serena, aunque su voz tenía un deje de duda.

Giulietta sonrió, fría y calculadora.

—«Todos tienen un punto débil, querida. Y Valeria acaba de encontrar el suyo.»

El enfrentamiento final entre Valeria y Giulietta ocurrió en un lugar inesperado: un antiguo teatro abandonado en las afueras de la ciudad. Giulietta había citado a Valeria allí, enviándole un mensaje claro de que tenía información crucial para compartir, pero en sus términos. Valeria sabía que era una trampa, pero no tenía otra opción. Si quería respuestas, tendría que arriesgarse.

El teatro estaba oscuro y silencioso cuando Valeria llegó. Giulietta la esperaba en el escenario, envuelta en un abrigo negro que parecía hecho a medida para su aura intimidante. Sus labios rojos formaron una sonrisa cuando vio a Valeria.

—«Siempre tan valiente», dijo Giulietta, su voz resonando en la sala vacía. «Pero también tan ingenua.»

Valeria se acercó lentamente, manteniéndose alerta.

—«¿Qué quieres, Giulietta? Si es otro juego de poder, no estoy interesada.»

Giulietta rio suavemente, pero había un filo en su risa.

—«No es un juego, querida. Esto es una advertencia. Luca no pertenece a este mundo que has construido para ti. Y si insistes en arrastrarlo contigo, ambos caerán.»

—«No puedes detenerme», replicó Valeria, su voz firme. «Voy a desmantelar tu imperio, y lo haré de manera que ni tú ni nadie pueda reconstruirlo.»

La sonrisa de Giulietta desapareció, y su mirada se endureció.

—«Entonces, supongo que estamos en guerra», dijo antes de marcharse, dejando a Valeria sola en el escenario.

Mientras tanto, en la villa Romano, Luca enfrentaba una traición más cercana. Alessandro, su hermano, había reunido a los capos leales para desafiar el liderazgo de Luca. El conflicto familiar estaba llegando a un punto crítico, y las heridas del pasado amenazaban con destruir cualquier posibilidad de reconciliación.

—«No podemos seguir así», dijo Marco Bellini, uno de los hombres más leales a Luca. «O los Romano se unen, o nos destruiremos desde adentro.»

Luca asintió, consciente de la gravedad de la situación. Sabía que Alessandro tenía resentimientos profundos, pero también entendía que su hermano había sido manipulado por personas como Giulietta.

—«Es hora de resolver esto», dijo Luca. «No más secretos, no más divisiones.»

La noche siguiente, Valeria y Luca se encontraron en el balcón de la villa, con la ciudad brillando a lo lejos. Valeria había tomado su decisión, pero aún no sabía cómo compartirla con Luca.

—«Voy a entregarlo todo», dijo finalmente, su voz temblando ligeramente. «Las pruebas, los nombres, todo lo que he descubierto. Giulietta no puede seguir haciendo daño, pero tú… tú necesitas encontrar una manera de salir de esto.»

Luca la miró, sus ojos llenos de una mezcla de admiración y dolor.

—«Sabes que eso podría destruirme», dijo suavemente.

—«Lo sé», respondió Valeria. «Pero también sé que si no hago esto, nunca podré vivir conmigo misma. Te amo, Luca, pero no puedo traicionar quién soy.»

En ese momento, Luca entendió la magnitud de su sacrificio. Valeria no estaba eligiendo entre él y su carrera; estaba eligiendo entre el amor y su propia alma.

La mañana siguiente, Valeria presentó las pruebas al fiscal general. Giulietta fue arrestada junto con varios de sus aliados más cercanos, y el imperio Romano quedó fracturado, pero no destruido. Alessandro, finalmente enfrentado con las consecuencias de sus acciones, decidió abandonar Chicago, dejando a Luca al mando.

Valeria abrió la puerta de su apartamento y se encontró con Lucas apoyado en el marco, su figura enigmática bañada por la tenue luz del pasillo. Su ropa negra se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, delineando cada músculo, y su cabello despeinado le daba un aire salvaje que encendió algo en ella al instante.

—¿Qué haces aquí, Lucas? —preguntó con un tono que intentaba ser firme, pero que traicionaba su agitación.

Él esbozó una sonrisa ladeada, cargada de intención, y murmuró con voz grave:

—Sabes perfectamente lo que quiero.

Sin esperar respuesta, dio un paso hacia ella, obligándola a retroceder hasta que su espalda chocó contra la pared. Su rostro quedó peligrosamente cerca del de ella, el calor de su aliento acariciando sus labios. Valeria sintió cómo su cuerpo respondía; su piel se erizó y una corriente cálida comenzó a acumularse en su vientre. Su aroma, una mezcla de cuero, madera y algo intrínsecamente suyo, la envolvía.

—Dime que quieres que me vaya —susurró, acariciando con sus dedos la línea de su mandíbula.

—Deja de jugar, Lucas —replicó ella, aunque su voz salió más temblorosa de lo que hubiera querido.

Pero en lugar de retroceder, él la sujetó de la cintura, presionándola contra su dureza evidente. El contacto hizo que Valeria soltara un jadeo que ni siquiera tuvo tiempo de contener. Lucas no esperó más; capturó su boca en un beso hambriento, profundo, que desbordaba todo lo que ninguno de los dos había dicho hasta ahora. Su lengua se abrió paso, explorándola, encendiéndola. Sus manos se movieron con urgencia, recorriendo sus curvas, deteniéndose a apretar sus pechos mientras ella gemía contra sus labios.

—No sabes cuánto te he deseado, me tenías loco en el tribunal —murmuró él contra su piel, mientras bajaba los tirantes de su vestido con dedos ágiles.

La prenda cayó al suelo, dejando su cuerpo expuesto bajo la tenue luz del apartamento. Lucas la miró como si quisiera devorarla. Se inclinó, capturando uno de sus pezones entre sus labios, succionándolo mientras su mano se deslizaba por su vientre hasta encontrar su humedad. Valeria arqueó la espalda, un gemido escapando de su garganta mientras sus dedos jugaban con su clítoris, arrancándole oleadas de placer que amenazaban con hacerla perder el control.

Él la levantó con facilidad, llevándola hasta el sofá. La tumbó con cuidado, pero sus movimientos seguían cargados de esa urgencia que la hacía temblar. Lucas se desnudó frente a ella, revelando su torso tatuado y ese cuerpo esculpido que parecía hecho para el pecado. Su erección estaba lista, y Valeria no pudo evitar relamerse mientras él se acomodaba entre sus piernas abiertas.

—No voy a ser suave, Valeria —advirtió, su voz ronca y sus ojos oscuros como la noche.

—No lo necesito —respondió ella, invitándolo con un movimiento de caderas.

Con una embestida certera, Lucas se hundió en ella, arrancándole un grito que resonó por toda la habitación. El ritmo que marcó fue salvaje, incesante, llenándola por completo y llevando su cuerpo al límite con cada movimiento. Sus manos se aferraron a sus caderas, guiándola para recibirlo más profundamente. Sus labios encontraron los de ella nuevamente, devorándola con una mezcla de pasión y posesividad.

Valeria se entregó por completo, sus uñas arañando su espalda mientras él embestía con fuerza. Cada jadeo, cada gruñido de Luca encendía algo más profundo en ella, llevándola a un clímax que llegó como una explosión, arrancándole gritos que él ahogó con otro beso.

Cuando finalmente se detuvieron, exhaustos, Lucas la mantuvo abrazada contra su pecho, acariciando su cabello mientras sus respiraciones se calmaban.

—Esto no debería haber pasado, habíamos acordado que esto no volvería a repetirse —murmuró ella, pero su tono carecía de convicción.

—Pero pasó —respondió él, besándola suavemente—. Y no me arrepiento ni un segundo.

El deber había triunfado sobre el amor, pero el amor aún no había sido derrotado.

Epílogo: Nuevos Horizontes

Seis meses habían transcurrido y Chicago brillaba bajo el cielo nocturno, un tapiz de luces que apenas conseguía ocultar las sombras donde nacían secretos y amenazas. Desde el ático del edificio Romano, Valeria observaba la ciudad, copa de vino en mano. Era un hogar extraño, uno que había adoptado a pesar de las cicatrices que le había dejado.

El tiempo había pasado desde la caída de Giulietta "La Viuda Negra" De Santis. Su arresto marcó el fin de una era de rivalidades sangrientas, pero la paz era solo una ilusión efímera. Luca Romano, ahora líder indiscutido del clan, había asumido el control con una mezcla de pragmatismo y determinación, intentando equilibrar lo legítimo con lo clandestino.

—“¿Crees que esta calma durará?”, preguntó Valeria, rompiendo el silencio.

Luca, apoyado contra la pared, soltó una leve risa carente de humor.

—“En nuestro mundo, la calma es solo el preludio del siguiente golpe.”

Y el golpe no tardó en llegar. Los rumores de nuevos jugadores en el tablero empezaron a circular. El nombre de Massimo Romano, primo de Luca, era mencionado en susurros. Había vivido años en el extranjero, alejado de la familia, pero ahora regresaba con intenciones desconocidas. También se mencionaba a Bianca De Santis, hija de Giulietta, una figura envuelta en misterio y peligro.

La confirmación llegó en la gala benéfica organizada en el centro de Chicago. Luca y Valeria asistieron como parte de su esfuerzo por proyectar una imagen respetable de los Romano. Todo transcurría según lo planeado hasta que Valeria lo vio: Massimo.

De pie cerca del bar, su primo exiliado irradiaba una confianza arrolladora. Vestía un traje impecable, pero había algo en su postura, en su mirada fría, que advertía que no era un invitado más.

—“¿Es él?”, susurró Valeria, apretando el brazo de Luca.

—“Massimo,” respondió Luca, su mandíbula tensándose.

Pero no estaban solos. A unos pasos de Massimo, Bianca De Santis se encontraba cerca. Alta, elegante, con un vestido rojo que resaltaba su figura, Bianca parecía completamente ajena a las tensiones de la sala. Su sonrisa era un arma, y cada uno de sus movimientos estaba cuidadosamente diseñado para captar la atención.

Luca dejó escapar un suspiro de frustración.

—“Aléjate de ella, Valeria. Bianca De Santis no es alguien con quien quieras cruzarte.”

Valeria asintió, pero no pudo evitar notar cómo los ojos de Massimo se posaron en

Bianca. Fue un instante, casi imperceptible, pero suficiente para encender una chispa que podría convertirse en incendio.

La tensión aumentó cuando Luca decidió acercarse. Valeria lo siguió, ansiosa por evitar un enfrentamiento público.

—“Massimo,” saludó Luca con frialdad. “No esperaba verte aquí.”

Massimo sonrió, un gesto que no alcanzó sus ojos.

—“Las galas benéficas tienen su encanto. Pero no esperaba que tú jugaras a la respetabilidad, primo.”

Antes de que Luca pudiera replicar, Bianca se unió a la conversación.

—“¿No nos vas a presentar?”, dijo con una sonrisa que desafiaba cualquier intento de hostilidad.

Massimo alzó una ceja, encantado por la interrupción.

—“Bianca De Santis, te presento a mi primo, Luca Romano. Y esta,” añadió, mirando a Valeria, “debe ser su famosa abogada.”

El aire se volvió denso. Luca apenas pudo contenerse.

—“Bianca, me sorprende verte aquí, considerando los antecedentes de tu familia.”

—“Oh, Luca,” replicó Bianca, sin perder la compostura, “los antecedentes de nuestras familias son más similares de lo que estás dispuesto a admitir.”

El intercambio terminó abruptamente cuando Luca tomó a Valeria del brazo y se alejó. Pero mientras caminaban, Valeria echó un vistazo hacia atrás y vio a Massimo y Bianca mirándose. Había algo en esa conexión visual, algo que podría cambiarlo todo.

—“No confíes en él,” advirtió Luca mientras entraban en el coche. “Y definitivamente, no confíes en ella. Es tan peligrosa como su madre.”

Pero, incluso mientras Luca intentaba protegerla, Valeria no pudo evitar el presentimiento de que Massimo y Bianca no eran solo una amenaza para los Romano. Lo eran también para ellos mismos.

En un rascacielos al otro lado de la ciudad, Massimo se recostaba en un sillón mientras Bianca servía dos copas de vino.

—“¿Qué te pareció tu querido primo?”, preguntó ella, extendiéndole una copa.

Massimo sonrió de lado, su mirada fija en el horizonte de Chicago.

—“Igual de predecible que siempre. Pero no importa. Sé exactamente cómo jugar este

juego.”

—“¿Y yo?”, preguntó Bianca, acercándose un poco más, sus ojos brillando con curiosidad y desafío.

Massimo la miró, y en ese momento, supo que el mayor riesgo no era enfrentarse a Luca, sino a la mujer frente a él.

—“Tú eres el comodín, Bianca. El único que no puedo controlar.”

Ella sonrió, un gesto cargado de peligro y promesas.

Chicago se preparaba para una tormenta. Y esta vez, los nombres Massimo y Bianca resonarían con fuerza, desafiando los límites de la lealtad, el odio y, quizás, algo más poderoso.